

restituyó muy pronto la confianza. Nuevo Hércules se ase cuerpo á cuerpo de este otro Caco, enerva todos sus movimientos, destruye todos sus ardides, le levanta del suelo y le sofoca entre sus brazos. En vano Celso acumula las objeciones, usa diestramente de rodeos, y vuelve repentimante á la carga; Orígenes le sigue paso á paso, trastorna sus argumentos, descubre sus calumnias y detiene por la dignidad de una sábia discusion, la risa mofadora que se despliega sobre sus labios. Para no dejarle ninguna evasiva en la incertidumbre de los principios y acortar todos los sofismas, él le atrae constantemente á los hechos, le encierra allí como en un círculo de hierro, viniendo á ser el modelo de todos los apologistas futuros, indicándole la historia como el baluarte inespugnable de la fé cristiana. A todas las pérfidas insinuaciones, á todos los falsos racionios, opone el hecho en toda su pureza y siempre el hecho. Él presenta á toda luz el hecho de las profecías, el hecho de las tradiciones, el hecho de los milagros, el hecho del maravilloso establecimiento del cristianismo y de su admirable propagacion, el hecho de la belleza de su doctrina y de su eficacia sobre las costumbres. Ved cómo maneja ese argumento irresistible de los hechos con un arte ingenioso y una viva elocuencia. "Celso, dice, echa en cara al Autor de nuestra religion el haber nacido de una pobre lugareña que solo subsistia del trabajo de sus manos. Yo bien sé que en el órden comun de las cosas, la nobleza del origen, la educacion, las riquezas y las dignidades que han poseido nuestros antecesores, contribuyen al brillo y á la celebridad; pero cuando, sin estar sostenidos por ninguno de esos medios con todo lo que hay de mas contrario, se llega á elevar por sí mismo, á llenar la tierra con su nombre, á conmover todos los corazones, á poner todo el universo en movimiento, ¿no se ve uno precisado á decir que tal cambio supone un gran carácter, ya sea de habilidad, ya de elocuencia? Un habitante de Sériphe, decia á Temístocles, que su reputacion la debia no á sus virtudes guerreras sino á su patria. Él le respon-

dió: "Es cierto que si yo hubiese nacido en Sériphe no habria adquirido tanta fama, pero vos aun cuando hubieseis nacido en Atenas, no habriais sido jamas Temístocles. Y nuestro Jesus, á quien se reprocha el haber nacido en un lugarejo, no de la Grecia ni de ningun otro pais notable, de haber tenido por madre á una mujer pobre, de haber ejercido un vil oficio en una tierra extranjera, nuestro Jesus, que era en cierto modo el último de los seripheos, es el que ha conmovido, el que ha cambiado el universo, el que ha hecho lo que no pudieron nunca ni un Temístocles, ni un Platon, ni todos los sabios, guerreros y potentados del mundo."¹

Es verdaderamente curioso hacer conocer aquí cuál era el espíritu popular de que estaba animada esa filosofía antes del cristianismo que, en estos últimos tiempos se ha manifestado como la madre de la libertad y ha encarecido tanto su amor hácia los pueblos. Su objecion favorita contra la nueva religion, y á la cual vuelve sin cesar, es de que habia salido del taller de un artesano, y que no ha tenido vergüenza de descender hasta las clases mas pobres, de instruir á las mujeres y á los niños. Celso acaba de echar en cara á Jesucristo la bajeza de su estraccion;² y continúa tratando con desprecio á sus discípulos, por ser hombres del pueblo. "En las casas particulares, dice, se ve á estos hombres rudos é ignorantes, que enmudecen ante los ancianos y los padres de familia, pero que si se encuentran á solas con algunos niños ó mujeres, les enseñan su doctrina; los empeñan á dirigirse al gineceo, ó á la tienda de un batanero ó de un zapatero para aprender lo que es perfecto. Es evidente que su doctrina no tiene atractivo sino para los insensatos, para las almas bajas, para las mujeres y los muchachos." Orígenes responde con una noble modestia: "¡Cuán injusta es esta acusacion! ¿Quién puede desconocer la grandeza, la eleva-

¹ Oríg. *contr. Cels.*

² Lo cual no es exacto, pues bien sabido es que descendia por la carne de los antiguos reyes de Judá.

ción de los dogmas y de los preceptos, tanto de la religión judaica como de la religión nueva; la profunda sabiduría de Moisés, de Salomón, de los profetas; el saber y la elocuencia de los apóstoles cristianos, de un San Pablo, por ejemplo, que muy lejos de prohibir la sabiduría, la pone en primer lugar entre los dones celestiales, no excluyendo sino la falsa sabiduría, la que no viendo sino las cosas percederas, no estudiando sino los fenómenos de la materia, no puede elevarse á la fuente de toda sabiduría que es Dios? Lejos de perjudicar al cristianismo la verdadera ciencia, es su más poderoso auxiliar. Es verdad que la Iglesia se dirige también á los débiles, á los ignorantes, pero es para hacerlos mejores, porque Jesucristo ha venido á llamar á todos los hombres para que le sigan en la nueva vía; á los sabios como á los débiles de espíritu, á los pequeños como á los grandes, á los ricos como á los pobres. Que nos cite Celso á los maestros, á los filósofos que enseñen á los jóvenes una moral más pura que la nuestra; que nos cite una sola mujer á quien hayamos apartado de la obediencia marital, de la observancia de sus deberes más sagrados!"¹

Fuerte con su verdad, con sus virtudes y con su generosa caridad, la cruz sale victoriosa de un combate, al parecer tan temible, y prueba al mundo que la palabra del sofista era tan impotente como el brazo del verdugo para conmovérsela. No era bastante á sus defensores el haber rechazado al enemigo, ellos tomaron la ofensiva y le acosaron hasta en su mismo terreno: obligaron á la fuerza intelectual á sostener á su vez el ataque, á defender las doctrinas que ella había producido. ¡Y qué doctrinas! ¡la idolatría y los sistemas filosóficos! Las posiciones se habían trocado enteramente. Cuando los intrépidos soldados de la cruz hubieron abierto la brecha, y penetrado al corazón de esa mitología brillante, y de esas teorías pomposas, no encontraron allí sino la vergüenza y la torpeza, la locura y el caos. Herido también en su or-

¹ Orig. *contr. Cels.*

gullo, el espíritu humano se avergonzó de sus propias obras y retrocedió ante la deshonra de la humillación. Los apolo-gistas no tuvieron más que apoderarse del azote de la sátira y perseguir á los fugitivos; y lo hicieron vigorosamente. "¿Qué escuela de moral es esa, clamaron con energía, qué ejemplos son los de esos dioses, consagrados por los cantos de la poesía y los homenajes de sus adoradores? ¡Responded, habitantes de esa Grecia tan culta! Os indignais cuando algún hijo se entrega á culpables excesos, ¿pero vuestro Júpiter es acaso menos culpable que él? Repudiais á vuestra mujer cuando olvida sus deberes, pero una Vénus tiene lugar en vuestros templos. Si otros fuesen los que os hablasen así, clamariais contra este ultraje. ¿Y soy yo quien acusa á vuestros dioses? ¿No lo son más bien vuestros poetas y vuestros historiadores? Dejad, pues, esas fábulas ridículas. Vuestros dioses crueles, vuestros dioses enemigos de los hombres, no contentos de corromperlos con el ejemplo de sus obscenos deleites, se complacen aún en ver correr su sangre. Necesitan sacrificios humanos, necesitan por hecatombes, como plagas esterminadoras, ciudades y pueblos enteros que devorar. Vosotros huiriais al aspecto de una bestia feroz, y correis á prosternaros al pie de un altar manchado de sangre humana, á los pies de los demonios, adorados bajo el nombre de sanguinarias divinidades?"¹

¿Qué se había de responder á unas acusaciones tan positivas y formuladas con tanta energía? La idolatría perdida buscó un refugio en los brazos de la filosofía; y allí, para no perecer se resignó á sufrir todas las interpretaciones y mutilaciones que quisieron imponerle. Platón esplicó á Homero. Las antiguas fábulas fueron alegorías; las antiguas ceremonias, símbolos místicos; los dioses, las abstracciones personificadas; en una palabra, la idolatría se trasformó completamente. Así como sus dioses, para libertarse de los Titanes habían tomado figuras de animales; la idolatría arrojó su máscara

¹ San Just. y Clemente de Alejandría, *Exhort. á los gent.*

religiosa para tomar una máscara filosófica, y se identificó con la que había sido hasta entonces su más cruel enemiga, esperando que la que había sabido combatirla con tanto suceso, podría del mismo modo defenderla. ¡Vana esperanza! Descender así del trono celeste que había usurpado, era aniquilar su poder y su prestigio divino. Fundar su individualidad en una individualidad nueva, era una primera muerte que no debía preservarla de un más completo aniquilamiento. En efecto, los vencedores no tardan en alcanzarla en el asilo donde se había refugiado, y ya la zapa conmueve los fundamentos vacilantes del débil edificio filosófico que las nuevas trompetas de Jericó harán muy pronto desplomar. ¡Oid! ya todas las bocas repiten un mismo grito: *Burla de los filósofos paganos.*¹ Y estas voces irónicas continúan: "Preguntad á los filósofos lo que es el alma. Demócrito nos responde que es un fuego; los estoicos una sustancia aérea; otros una inteligencia; Heráclito el movimiento. Ya se os dirá que es un soplo, ya que una emanación de los astros; con Pitágoras un número motor, una entidad simple; con Hippon una agua genital; con Dinarco una armonía. Estos la llaman sangre, aquellos espíritu. ¡Oh Dios! ¡cuántas contradicciones! ¡cuántos delirios! Y todos esos sofistas, todos esos filósofos, los veréis que tienen más ardor para disputar entre sí, que para buscar la verdad. Pase que no se entiendan todavía sobre la naturaleza del alma, ¿pero están acaso de acuerdo sobre lo demás? ¿se entienden mejor acerca de sus propiedades? Los unos hacen consistir su placer en el bien, otros en el mal; una tercera parte ni en el mal ni en el bien. En cuanto á su existencia, es inmortal dice uno; no; está condenada á morir, dice el otro. Según éste, subsistirá durante algún tiempo; según aquel, pasará al cuerpo de una bestia. Sí, dice su vecino, pero no parará en esto: sufrirá otras dos ó tres transformaciones diversas. ¿Qué soy yo, por fin, según el parecer de estos doctores? Este me hace inmor-

¹ Título de una obra de Hermías.

tal, aquel me condena á morir; otro me disuelve en átomos invisibles; heme aquí que ya soy agua, ya aire ó ya fuego; y un poco después, ni agua, ni aire, ni fuego; pero vendré á ser un cuadrúpedo, un pez ó un volátil; yo mismo no sabré ya qué nombre darme, tanto place á esos señores filósofos hacerme sufrir diversas metamorfosis."

La filosofía pagana conoció muy pronto, que no resistiría á tan rudos golpes, que estaba minada por su base y considerándose perdida se apresuró á huir lejos de sus sistemas ya derrotados. Para evitar una total destrucción, no creyó hacer otra cosa mejor que imitar á la idolatría; abdicar como ella: esperando, pues, encontrar otro nuevo punto de apoyo en una nueva forma se proclamó teología. De la idolatría tomó sus ceremonias, del Oriente sus dogmas, sus sueños y tradiciones; conservó algunos de los sistemas de sus hombres doctos, algunos preceptos morales de sus sabios, y de la combinación de estos elementos divergentes, recogidos de todas partes, tuvo la confianza de formar una alta doctrina religiosa, expresión de todas las doctrinas, que lo abrazaría todo, que correspondería á todo, y que podría de este modo manifestarse si no como superior, á lo menos como una rival atrevida de la fé cristiana. Ella tuvo su trinidad, sus encarnaciones, sus genios, sus comunicaciones con los dioses, su culto, sus expiaciones, sus abluciones, sus ritos sacramentales; sus visiones, sus profecías, su magia y su taumaturgia vestida de todos los ropajes usados del Oriente y de los oropeles de Occidente se hinchó de orgullo, y se creyó digna de las adoraciones del universo entero. Alzada en pié, la cruz no hizo más que dejar brillar algunos de sus rayos sobre el nuevo ídolo. A esta luz pura, los pueblos miraron el conjunto monstruoso de supersticiones, de quimeras y de locuras, y pasaron sacudiendo con desprecio la cabeza. De Dios es de donde emana la religión; ella no puede ser el producto facticio de un artífice humano. La filosofía por su propia experiencia reconoció que el cetro de la teología era demasiado pesado para sus

manos de carne : porque ellas no alcanzan lo bastante para llegar hasta la verdad soberana y trazar en su derredor un círculo inespugnable. Iluminando las sombras horrorosas que velaba su falsa luz, la antorcha evangélica la obliga á ocultarlas ; pero estas variaciones no les cuestan nada : semejante á Proteo, toma diversas formas para engañar así á su enemigo : marcha sin cesar de concesiones en concesiones, de paliativos en paliativos, de metamórfosis en metamórfosis. Ella se hace humilde, halagadora, tolerante ; implora la indulgencia del cristianismo, armoniza con sus ideas, adopta su lenguaje : para ser cristiana no le falta mas que un paso ; y ella lo dá. “¡Adios Academia! esclama el platónico de Eneas de Gaza, no escuchemos en lo de adelante sino solo á Dios : el mismo Platon nos dice : que no permitia creer en su doctrina sino hasta tanto se apareciese otro mas sabio que él.”

La fuerza intelectual humana estaba vencida pero no aniquilada. Lo mismo que ciertos animales parásitos, halló medio, bajo el nombre de herejía, de adherirse á las entrañas de su enemiga, y de vivir allí, carcomiéndolas cruelmente. “Todas las herejías, dice Tertuliano, son nacidas de la filosofía, que emprende sondear temerariamente la naturaleza de la Divinidad y de sus decretos :”² y M. de Chateaubriand hace notar que se podria formar un catálogo de los sistemas filosóficos y colocar al lado de cada sistema la herejía que le corresponde.³ Despues de haberse así trasformado el espíritu filosófico, alimentado con la sangre de la cruz, pareció renacer de sus mismas cenizas. Pulularon las herejías : desde Simon hasta Manés, se vieron aparecer en menos de tres siglos mas de ochenta sectas distintas, que á porfia desnaturalizaban la fé. El peligro era grande : los herejes pasaban por cristianos ; sus desórdenes y divisiones se imputaban á la Iglesia. La fé cristiana, absorbida por el espíritu filosófico,

1 Diálogo sobre la inmortalidad del alma.

2 Prescrip. contr. las herej.

3 Estudios históricos.

estaba en riesgo de encontrarse reducida á las proporciones de un vano sistema ; y ya sus enemigos con aire de triunfo, menospreciaban á los cristianos, cuando entre ellos existian tan hondas disidencias. Viéronse entonces obligados los apologistas á tomar las armas para combatir á los cristianos filósofos, como antes habian combatido á los filósofos paganos. Pero la lucha era mas difícil. De una y otra parte, los contendientes se preparaban para emplear los mismos medios de defensa, caminaban bajo los mismos gefes y bajo el mismo estandarte. Los fieles y los herejes invocaban á la vez al mismo Jesucristo, llevaban la misma cruz y esplicaban las mismas Escrituras. Aquellos sostuvieron heroicamente la doctrina verdadera por medio de discusiones sábias, pero como se dirigian á adversarios de mala ley, con el sofisma contestaban estos al raciocinio y con la astucia contrarestaban la fuerza. Era indispensable levantar contra esos enemigos el inespugnable muro de los hechos, la muralla de la tradicion y de la historia. Tertuliano escribió el libro de las *Prescripciones*, actas genuinas del estado civil de las herejías, donde cada una aparece con los justificantes de la época de su nacimiento y de la filiacion adúltera del error, al lado de la verdadera fé. “Yo detengo, dice ese padre, á la herejía en su primer paso : existiendo yo antes que la herejía, la opondré la fé cristiana, la fé de la verdadera Iglesia, que recibí de Jesucristo, cuyas lecciones, junto con las de sus apóstoles, he trasmitido al universo. Vosotros, herejes, no existís sino de ayer ; y si me obligais á que os demuestre cómo habeis oscurecido la verdad por la mentira de vuestras tenebrosas opiniones, no haré mas que presentaros la historia de las diferentes sectas, que han abandonado la fé, y os enseñaré el catálogo de las absurdas doctrinas que han emitido.”

Pero la herejía, persistiendo en su obstinacion, y resistiendo á los raciocinios mas concluyentes no se reconoció vencida ; y apoyándose sobre las pasiones humanas que despierta, cubierta bajo la bella apariencia de la verdad cristiana que